

## Capítulo cuatro: El espacio.

Zuren observó lo que tenía alrededor. Un caos de inmensas detonaciones continuas, dispersas a lo largo del enorme vacío. Por fin volvía a sentirse como en casa.

Cientos de estrellas salpicaban el cielo negro. Zuren trataba de triangular su posición a mano, pues los programas informáticos no podían hacerlo sin encontrar al menos un elemento conocido. Pero era inútil. Ni en un billón de eones habría podido deducir en qué lugar estaban. Simplemente había demasiadas posibilidades. Sólo sabía que estaba en algún lugar del tercer brazo de la galaxia, cerca del borde exterior, pero localizar una nave en varios miles de pársec de estrellas desconocidas era tan absurdo como buscar un grano de arroz concreto en un silo lleno. Las cartas de navegación llenaban toda la cabina principal y sólo un termo esférico relleno de café rebotaba libremente por la nave, lentamente, pues la gravedad era baja, esperando una orden de Zuren para acercarse a él y permitirle dar un trago.

En la sala de hibernación, Maya despertó. Se encontraba desorientada, mareada y mal en general. De repente recordó lo que había sucedido y un grito agudo salió de su garganta, cortado por el dolor de su herida. Se miró las vendas y vio la mancha roja que tenían. Se dio cuenta de que no tenía chaqueta ni camiseta. Sólo su ropa interior y los pantalones de su uniforme. Trató de buscar algo con lo que taparse, pero apenas lograba enfocar sus propias manos siquiera. Entonces Zuren, alertado por Nion, llegó y la recogió mientras caía lentamente hacia el suelo.

Revisó sus heridas y le dio algunos medicamentos para reducir las náuseas y el dolor. Parecía que la había salvado, pero aún no sabía a qué precio. Quizás no lo había hecho suficientemente bien. Mas con todo ello, una hora después se encontraban discutiendo en la cabina de mando. Maya sentada en la silla del piloto, con la esfera de café caliente en la mano, saboreando cada trago. Zuren inmerso de nuevo en sus cálculos, aunque tratando a la vez que Maya estuviera cómoda. No había sido fácil explicarle por qué estaba medio desnuda.

— Así que nos hemos perdido. — Dijo Maya.

— No, no es eso. Sólo es que no sabemos exactamente dónde estamos. —  
Respondió Zuren.

— O sea, que nos hemos perdido...

— No te preocupes. He estado más perdido que esto. Al menos sabemos de dónde venimos, más o menos, y sabemos a qué velocidad nos acercamos a aquella estrella roja. Y si conseguimos ver algún planeta o cometa que haya cerca, ya sabremos dónde estamos.

— ¿Y qué pasa con el aire? ¿Habrá suficiente oxígeno para sobrevivir hasta que lleguemos?

— Aún nos queda combustible para algún tiempo y nunca salgo sin revisar el sistema de reciclaje de aire. Cuando salí estaba bien lleno de fluoradita y ahora queda más o menos la mitad. El oxígeno se seguirá renovando durante un par de días más sin ningún problema. Eso suponiendo que lo respiremos. En hibernación ni se notará. Espero que encontremos un planeta con algún gas respirable pronto... O mejor, civilización.

— Vale. — Siguió Maya. — Ahora vuelve a explicarme por qué estaba en tu nave sin ropa y a miles de pársec de donde debería.

— Ya te he dicho que salimos por el lado equivocado y luego una nave del ejército nos atacó y tuve que hacer el salto con prisas y por eso no sé dónde estamos.

— Pero cuando estábamos en la base dijiste que no tenías combustible para un salto...

— Ah, sí... eso. — Zuren se levantó pausadamente, sin dejar de mirar las cartas de navegación. Luego se impulsó hasta el armario donde estaba guardado el androide Carlos. — La explicación está aquí dentro. — Abrió el armario y el cuerpo inerte del androide comenzó a flotar hacia fuera. — Él nos trajo el combustible, pero tuve que desactivarlo cuando se le cruzaron los cables e intentó dispararnos a todos por desertores o algo así.

— ¿Qué? — Dijo Maya nerviosa, tratando de asimilar aquella absurda situación. — ¿Quieres decir que uno de los mejores robots del ejército, el cual estaba muerto en teoría, te trajo combustible a la nave, la cual estaba flotando perdida en el espacio... y que después trató de asesinar a sus amigos sin ningún motivo?

Hubo un silencio incómodo solo interrumpido por el sonido del termo golpeando una de las ventanas. Zuren y Maya cruzaron sus miradas. Maya con una expresión desencajada, tratando de comprender qué era verdad y qué mentira. Zuren con un lápiz en la boca, pensando en el momento en que asimilara por fin su historia para poder volver a sus cálculos. Entonces Zuren dijo:

— Sí.

Maya se dejó caer en el sillón, dejando escapar un gruñido, intentando no pensar. Quería olvidar todo lo que había sucedido y centrarse en sobrevivir. Cuando volvió a mirar al frente, Lahane entraba flotando en la cabina. Zuren había ido a buscarla. Nion le había avisado, pero Maya estaba sumergida en sus pensamientos y no se había dado cuenta de cuánto tiempo había pasado. Ambas se miraron. Primero sorprendidas, luego aliviadas. Zuren volvió a sentarse en su silla junto a las cartas de navegación y observó la escena sin decir nada. Pensó que quizá sería mejor darles una buena explicación cuanto antes para evitar que se pusieran en su contra y liaran aún más las cosas.

— Lahane. ¿Qué pasó desde que dejamos la estación? — Empezó Maya. — Tienes que contármelo.

— No recuerdo... — Respondió Lahane. — Sólo sé que por fin estábamos en la nave, a salvo. Y Zuren te estaba quitando el traje espacial... Y luego... Una medusa gigante luchaba contra un fúngido, pero creo que eso era un sueño. Y desperté aquí y Zuren me ha puesto algo en la pierna y estoy como flotando...

— Espera... Has dicho que me estaba quitando el traje espacial y luego... ¿¡Qué! — Dijo Maya lanzándole a Zuren una mirada que le hizo ponerse en pie de un bote.

— ¡Tenías una herida enorme en el estómago! ¡Te estabas desangrando! ¿Qué querías que hiciera? Te juro que en ningún momento hice nada malo. Ni siquiera lo pensé. Nion aún debe tenerlo grabado en su memoria.

— Eh, a mi no me metas. — Dijo Nion. — Bastante tengo con escanear constantemente todo para encontrar algún objeto conocido.

— Vale. Vale. Es igual. — Dijo Maya llevándose la mano a la frente. Le empezaba a doler la cabeza con tanto absurdo simultáneo. — Sólo explícame una cosa. ¿Por qué pudiendo haber vuelto a la estación, decidiste ir hacia la galaxia?

Zuren se lo pensó detenidamente. Sabía que explicarlo le podría costar muy caro si no salía bien, pero también tenía claro que era bastante difícil que las cosas se pusieran peor. Tras darle unas cuantas vueltas a la situación y dudar si su vida merecería la pena para aquellas dos militares, decidió que, puestos a morir, mejor hacerlo entre chicas guapas. Así que se acercó al escritorio donde estaban esparcidas las cartas de navegación y abrió un cajón con cerradura electrónica. De dentro sacó unas carpetas que le había dado el Dr. Kurunda. Las miró desanimado y se acercó para dárselas a Maya. Luego cogió el termo y esperó de espaldas a las chicas, bebiendo, a que terminaran de leer los informes.

No había pasado ni un minuto cuando la sorprendida mandíbula de la capitana Duzara comenzó a evocar la primera pregunta, la misma que cualquiera habría hecho al ver aquellos informes.

— ¿Qué es esto?

— Mi maldición... — Respondió Zuren resignándose a su cruel destino mientras se daba la vuelta. Hizo una breve pausa para beber un trago más y siguió. — Hace unos cincuenta años, en un planeta de Tau 28, hubo una guerra. Una guerra terrible. Muy pocos seres vivos sobrevivieron. El planeta quedó completamente arrasado e incluso inmensos trozos de la corteza se hundieron en el magma. Ninguna ciudad volvió a ser repoblada allí. Sin embargo varias organizaciones trataron de preservar las especies que allí habitaban y, de paso, las de los planetas de alrededor. Construyeron unas inmensas naves invernadero y las dejaron orbitando sobre Tau 28. Luego sellaron las naves y

dejaron que la vida siguiera su curso en su interior. Era un sistema totalmente autosuficiente. Sin embargo, un cataclismo de mayor envergadura fue la que creó el mito. Una supernova a menos de veinte años luz. Eso pasó hace diecinueve años. Ahora nadie se acerca a la zona por la inmensa cantidad de radiación. Lo que ves en la quinta página es lo que el Dr. Kurunda quiere recuperar, pero como queda menos de un año para que el lugar sea totalmente arrasado, nadie se arriesgará a ir a buscarlo.

— No lo entiendo. — Dijo Maya. — Si aún falta un año para que la radiación de la supernova alcance la nave, ¿por qué no van simplemente hasta allí, lo cogen, y vuelven a salir?

— Créeme que si fuera tan sencillo ya lo habrían hecho. Las coordenadas de la estación invernadero se perdieron hace mucho tiempo. Los jardines “De la Fuente”, como se llamaban, no son tan grandes como un planeta. Al contrario. Son más parecidos a un cúmulo de asteroides. Pero además son indetectables a grandes distancias. Fueron fabricados como método de aislamiento de una especie. Ni una flota entera podría encontrarlo buscando durante un año. Por otra parte, la nebulosa de las Pléyades emite una inmensa cantidad de radiación. Nadie podría sobrevivir allí el tiempo suficiente para encontrarlo, por no hablar de lo mucho que afecta esa radiación a los sistemas de navegación. Aunque claro, esa radiación no es nada comparada con la de la supernova.

— ¿De verdad es tan importante como para arriesgar tu vida por ello?

— No. Claro que no lo es, pero no tengo otra opción. Si fuera realmente importante el Gran Felino habría movido planetas y estrellas para conseguirlo. Sólo es una pieza estratégica de un gran puzzle, pero creo que quizá sería más fácil escapar de la nebulosa con ese trasto que huir de las hordas de los EGG.

— Visto así...

— Bueno. Ahora que os lo he explicado, creo que entenderéis por qué tenía cierta prisa en volver a la galaxia. De todas formas, ya da igual... No saldremos de esta a tiempo para viajar hasta allí antes de que la supernova desintegre hasta el último quark de los jardines.

— Hay una cosa más que no entiendo. — Siguió Maya. — ¿Por qué te eligió a ti? Estoy segura de que hay gente más capacitada para este trabajo que tú en algún lugar de la galaxia.

— Bueno. Yo también estoy seguro de eso, pero no soy quién para dudar de ese gatito pomposo. Supongo que buscaría por la “P” de pringado y aparecí yo.

— Venga. Tiene que haber algo más. Algo le habrás hecho para que te castigue así.

— Bueno, la verdad... — Zuren hizo una pausa para tomar aire antes de decir esto. — ¿Recordáis el incidente de Seth-Gardaa?

— ¿Aquel en el que un laboratorio que investigaba sobre el hiperespacio hizo desaparecer una nebulosa entera en un agujero negro? Cómo olvidarlo. No hay una palabra para decir el número de seres inteligentes que perecieron en ese cataclismo.

— Pues... No fue un agujero negro...

— ¿Qué quieres decir? ¿Cómo lo sabes?

— Es que... Yo trabajaba allí cuando sucedió aquello.

— Pero... Pero eso fue hace más de treinta años. Tú no tienes treinta años...

— Sí. ¿Cómo pasa el tiempo, eh? — Zuren no pudo evitar sonreír al ver la cara que pusieron ambas al oír esto. — Lo que se creó allí no fue un agujero negro. En el laboratorio se estaba construyendo una máquina capaz de contener antimateria mediante el uso de la geometría multi-dimensional. Sin embargo algo salió mal y la estructura que debía confinar tan sólo unos pocos átomos creció rápidamente sin dar tiempo a los sistemas de seguridad a activarse. En realidad, para cuando los sistemas se activaron, ya no quedaba nada de aquél contenedor dentro de la sala donde se estaba construyendo.

— Eh, eh. Espera un momento. — Interrumpió Lahane. — ¿Tú trabajabas en un laboratorio en el que se manejaba antimateria? Venga ya.

— Sí. Pero no sé casi nada de la antimateria. Yo soy especialista en geometría de hiperespacios. — Zuren hizo una pausa al ver la cara de incredulidad con la que le miraban las chicas. — Bueno... Vale... Sólo soy técnico en estructuras hiperespaciales. No es una carrera universitaria, pero no está tan mal, ¿no? — A Zuren no le molestaba tanto la falta de confianza que tenían las chicas en él como las suaves risas que alcanzaba a oír tras la carpeta. En esa época en que las estructuras hiperespaciales se explicaban con detalle a los niños de seis años, ser sólo un técnico era casi como ser analfabeto. Pero a Zuren no le avergonzaba tanto admitirlo como a cualquier otro. Había otras cosas de las que estar orgulloso que no necesitaban de interminables horas de estudio. — Como iba diciendo... Lo que se creó, accidentalmente, fue una superestructura policórica de varios parsec de tamaño. Hablando en Kersel, una jodida bola gigantesca de varias dimensiones. De hecho, se sabe que el espacio interno de esa estructura es varias veces más grande que el propio universo en el que está. Aunque claro, como ambos son infinitos, es difícil explicar por qué uno es más grande que el otro sólo con palabras. El caso es que el lugar en el que se estaba construyendo la estructura quedó, supuestamente, en el centro. Y el resto del laboratorio se expandió por los distintos contenidos y volúmenes de la estructura. Dentro de aquel sitio las dimensiones están trastocadas. Algo que se mueve hacia la izquierda en una de sus celdas puede que vuelva a pasar hacia la derecha por en mismo sitio sin haber cambiado de dirección. Y el tiempo también se altera en consecuencia.

— Venga, menos humos. — Interrumpió Lahane. — Ya sabemos todos cómo funciona una distorsión policórica. Ve al grano. ¿Cómo sobreviviste?

Zuren empujó el cuerpo inerte de Carlos, que se le acercaba flotando, y continuó. — No fue fácil. Pero tuve ayuda y mucha suerte. Las distorsiones eran increíbles. Habían atrapado a la gente y el aislamiento en cada sala era agobiante. A pesar de todo, no fue imposible salir de allí una vez comprendimos cómo funcionaba. Pero cuando dejamos aquel lugar, dentro habían pasado unos días, pero fuera, varias décadas. Por no hablar de lo largo que se nos hizo el viaje de vuelta. Por cierto... Volvimos cinco, pero se sabe que seguirá saliendo gente durante los próximos mil años, al menos. Todos protegidos bajo la ley, claro. Muchos cambian de nombre al volver a este universo, pero a mi no me hacía

falta. Cuando estuvimos a salvo decidimos separarnos y no volver a vernos. Fue lo mejor para todos. — Zuren recordó por qué estaba contando esto y prosiguió. — Así que por eso es por lo que creo que el Gran Felino me eligió. Debe pensar que sobrevivir a ese cataclismo es una gran proeza, pero sólo tuve suerte de no salir cien o mil años más tarde. Aunque ahora que lo pienso, quizá habría sido más sano salir más tarde y que no pasara todo esto...

Maya y Lahane estaban alucinando. De lo poco que habían entendido, la mitad estaba contra toda lógica y la otra contra sus creencias. Pero lo peor es que no habían llegado a ninguna conclusión. Se suponía imposible sobrevivir a una explosión poli-dimensional. Y que el Gran Felino eligiera a alguien por su capacidad para sobrevivir no se veía todos los días. Pero ahora había algo que les importaba más.

— Vuelve a conectar a Carlos. — Dijo Lahane.

Zuren hizo un ademán de discutirlo, pero Maya le cortó. — Queremos saber lo que pasó realmente mientras estábamos inconscientes.

No podía cuestionárselo, así que le dio la orden a Nion para que lo volviera a conectar. A Nion le hizo mucha ilusión, pues le gustaba el aspecto de aquel robot. Carlos inició sus sistemas como si fuera la primera vez a causa del virus y dijo:

— (Bzzz) Enhorabuena por la adquisición de este nuevo androide de combate modelo Ka Cuatro Erre Diez Ese versión Dos Dos Ocho Be. (Bzzz) Gracias por confiar en EspeTech, la tecnología de la esperanza.(Bzzz) Ponga las manos sobre la cabeza y dispóngase a ser arrestado en nombre de la fuerza militar de la estación espacial Heisenberg Ómicron, entidad orgánica humanoide humana Zuren Vulperane. — Una pausa incómoda más tarde, Carlos se dio cuenta de tres cosas. Primero no tenía un arma en la mano, así que era poco probable que pudiera arrestar a nadie. Segundo estaba girando lentamente, flotando en el espacio. Tercero, tenía delante a Maya y a su mecánica de reparaciones Lahane. — Bienvenidas a la nave, Maya y Lahane.

\* \* \*

Había pocas cosas que le importaran más a Zuren que encontrar su posición en la galaxia. Muy pocas, en ese momento. Nion encontró una.

— Detectada colisión con astro de orden planetario. Tiempo estimado: Cincuenta segundos.

Los diez segundos siguientes reinó el silencio. Los siguientes diez, el caos. Diez segundos más bastaron para poner la nave en contra de órbita. Y los otros diez sobraron para que todos se pusieran el cinturón. A los diez segundos de esto, un fuerte golpe y aumento brusco de la temperatura les indicó que el planeta tenía atmósfera. Todos se sintieron algo aliviados al poder gritar aterrorizados, salvo Carlos que estaba montando un cubo de Rubik para pasar el tiempo.

Cuando terminó ya se habían estrellado violentamente contra la superficie del planeta. Para frenar la caída habían puesto los motores contra el planeta, con lo que fue lo primero que chocó, dejando la cabina protegida del primer impacto. Esto tenía la ventaja de que ahora estaban vivos para contarlo y la desventaja de que la puerta principal estaba fundida con varias partes del fuselaje que no le correspondían, con lo que no podrían abrirla. Nion escribió en pantalla el informe de daños y luego dirigió toda su atención a averiguar si su robot favorito del mes se había hecho algún rasguño. Zuren por su parte estaba más preocupado en averiguar qué era lo que cubría los ventanales de la cabina y no les dejaba ver el exterior.

— Nion. ¿Puedes decirme por qué nos hemos comido un planeta sin siquiera un aviso de radar?

— No nos hemos comido nada, Zuren. — Dijo Nion. — Hemos colisionado contra un planeta de clase A negativo. Un planeta helado con temperaturas inferiores a los doscientos grados Kelvin en su zona más cálida. Este en concreto está formado por agua y diversos sulfatos y posee una atmósfera de oxígeno y Argón respirable, aunque algo contaminada con monóxidos. Pero te aseguro que si te lo hubieras comido, aunque sólo fuera una parte pequeña, tu salud se habría resentido enormemente, acercándote drásticamente a una horrible muerte, pero no es el caso. Así que no entiendo por qué--

— Nion, cállate. — Ordenó Zuren.

La nave se encontraba boca abajo, al parecer en el interior de algún sólido. Probablemente hielo. Zuren decidió que lo mejor sería apagar todos los sistemas salvo el termostato y el purificador de aire mientras analizaban la situación. Las chicas no acababan de verlo claro.

— ¿No pretenderás meternos mano en una situación como ésta? — Dijo Maya, medio en broma, medio en serio. Tratando de no perder la calma. — ¿Cómo sabemos que no has estrellado la nave a propósito para aprovecharte de nosotras?

Carlos intervino en aquel momento ante el ataque de paranoia. — Maya, no te preocupes. Cálmate. Aún tengo los sensores de infrarrojos funcionando. Si se acerca a vosotras le arrancaré la cabeza.

— Más te vale, cacho chatarra. — Le gritó Lahane, aunque a Carlos no pareció molestarle.

— ¿Puedo apagar ya o seguimos gastando energía inútilmente hasta que nos encuentren unos arqueólogos aburridos? — Preguntó Zuren, irritado e irónico a partes iguales. — Nion, desconecta todos los sistemas no vitales.

Con un suave sonido electrónico la escasa luz parpadeante dejó paso a la más densa oscuridad. En el silencio de aquella noche impuesta por el hielo y el metal de la nave, escucharon moverse el propio terreno que les rodeaba. El crujido del hielo les hizo estremecerse y la presión que éste ejercía contra la nave, doblando el metal lenta y ruidosamente les hizo pensar en lo pequeños que eran comparados con aquel glaciar milenario.

— Tenemos que salir de aquí. — Afirmó la Fershe desde el fondo de aquella nada.

— No podemos dejar la nave atrás. Si no es un planeta suficientemente civilizado nunca saldremos sin ella. — Entonces Zuren recordó que aún faltaba algo importante por explicar. — Nion. Explícame qué ha sucedido para que no hayas detectado el planeta a tiempo de evitarlo.

Nion cargó su archivo de voz más dulce y comenzó. — Estábamos viajando a varios millones de metros por segundo, dirigiéndonos hacia una estrella roja. El scanner detectó un planeta lejano y, mientras lo rastreaba, sucedió algo imprevisible. Es una estrella binaria. La estrella principal amaneció en aquel momento sobre la roja que perseguíamos. A la vez, este planeta se encontraba alineado conmigo y la estrella principal, así que la radiación de ésta cegó los sensores durante unos tres millones de metros, tras los cuales saltaron todas las alarmas. El radar no lo detectó porque la fuerza de la estrella distorsionaba la forma del planeta al rodearlo. Unos segundos después ya estábamos dentro de la atmósfera y, más tarde, a unos veinte metros bajo la superficie.

— Eso significa que tendremos que girar la nave antes de que los motores nos sirvan para algo, si es que conseguimos repararlos. Vamos a necesitar ayuda. Y no va a ser nada fácil conseguirla ahí fuera. — Dijo Zuren, casi hablando solo.

— ¿A qué viene todo ese rollo del amanecer de la estrella binaria? — Murmuró Lahane desde el otro lado de la nave. — ¿No son demasiadas coincidencias? ¿Se han alineado los planetas en nuestra contra? ¡No lo entiendo!

— Tranquila, Lahane. — Siguió Zuren. — Yo me encargaré de salir ahí fuera y buscar ayuda. Tú trata de arreglar los motores con Carlos. Aquí sois los únicos que podéis hacer algo.

En ese momento Carlos se levantó y encendió su linterna auxiliar. Sin decir una palabra se acercó a la Fershe y le ayudó a levantarse. Luego la abrazó y le susurró que todo saldría bien. Cuando salieron por la puerta hacia la sala de máquinas, Zuren encendió una linterna.

Maya estaba recogida, apoyada contra la pared de la nave, descalza. Tenía la oreja apoyada en el metal y trataba de oír el exterior. Zuren se acercó y habló con ella, aunque ella no le miraba.

— Maya. Sé que no confías mi, pero no voy a dejaros aquí. Voy a salir ahí fuera y traeré ayuda como sea. Quédate aquí y haz lo que puedas.

Cuando terminó la frase hubo un silencio. Ni siquiera el hielo lo interrumpió. Tras unos segundos Maya reaccionó.

— ¿Qué dices? — Dijo con voz muy suave. — ¿Crees que voy a dejar que te vayas por ahí a acaparar toda la diversión? El hielo de aquí grita igual que el de las vastas llanuras de Hyperión. Da igual que estemos a veinte o a mil metros de profundidad. Podremos salir. Pero si no nos damos prisa nos aplastará inexorablemente. Así que vamos. ¡Venga!

— Tu traje espacial se rompió. Si salieras ahí fuera con él, serías un cubito en menos de dos minutos.

— ¿Y qué pasa? ¿Es que no tienes otros?

— Sí. — Respondió Zuren. — Pero...

— Pero nada. Vamos ahora mismo.

Con esto, se levantó y se encaminó a los vestuarios. Parecía como si nunca la hubiesen herido, a pesar de que su camiseta rota y manchada decía lo contrario. Al poco ya estaban ascendiendo por el hueco que había dejado la nave al caer. Por suerte la escotilla de emergencia no estaba bloqueada. Cuando salieron a la superficie solo el frío viento de argón les recibió. En el cielo, oscuro y añil, brillaban dos estrellas lejanas, gemelas, e incapaces de iluminar toda la cúpula de luces diminutas. En el suelo, el fulgor blanco y puro de la nieve, más brillante que cualquier otra cosa de aquel entorno. Incluso con los cascos del traje, que contaban con cristales tintados, polarizados y antirradiados, costaba mirar directamente al blanco tan puro de aquella llanura.

Colocaron una baliza para localizar el lugar y empezaron a rastrear los alrededores. Unos minutos después se pusieron en camino.